

Plática sobre antiguos temas

(Para PÁGINA BLANCA)

Lo que llamamos amor propio, es en general, no el sentimiento de dignidad con que lo disfrazamos comunmente, sino expresión de la superioridad de que nos creemos poseedores. Nos conduce insensiblemente a la intolerancia, al desprecio de las ideas e impulsos ajenos, a la estrechez de criterio, encerrándonos en el círculo vicioso del sistema, de lo unilateral, del personalismo agudo y enfermizo.

Tenemos tantos o cuantos años, la vida nos ha dado experiencia en toda forma, conocemos de ella los frutos buenos y malos y elaborada por la reflexión, nos parece haber asimilado toda la ciencia empírica, la que nos servirá para zanzar dificultades y escollos, sin que ninguno resista a la potencia de tal talismán.

Pertrechados con este bagaje y con el casi siempre liviano lastre de algunas lecturas, nos figuramos completamente aptos para ir mundo adelante — como el inmortal «Caballero de la Mancha» — seguros de nosotros mismos, satisfechos y felices, en busca de «entuetos que desfacen».

Tropezando, fracasamos una y otra vez en nuestro empeño, pero ingenuos y ciegos, sentamos como axioma, que la ignorancia, terquedad y vanidad intolerante de los otros, motivan la frecuencia de los choques.

Llegados a este punto, ya nada nos detiene: el amor propio nos inflama y nos aleja, cada vez más, de las corrientes serenas de la tolerancia. Encastillados en nuestro sistema, no vemos ni sentimos, que la vida nos ofrece a diario una nueva enseñanza, que todo es mudable y cambiante, y que forzosamente, debemos someternos a las leyes de transformación y de reforma.

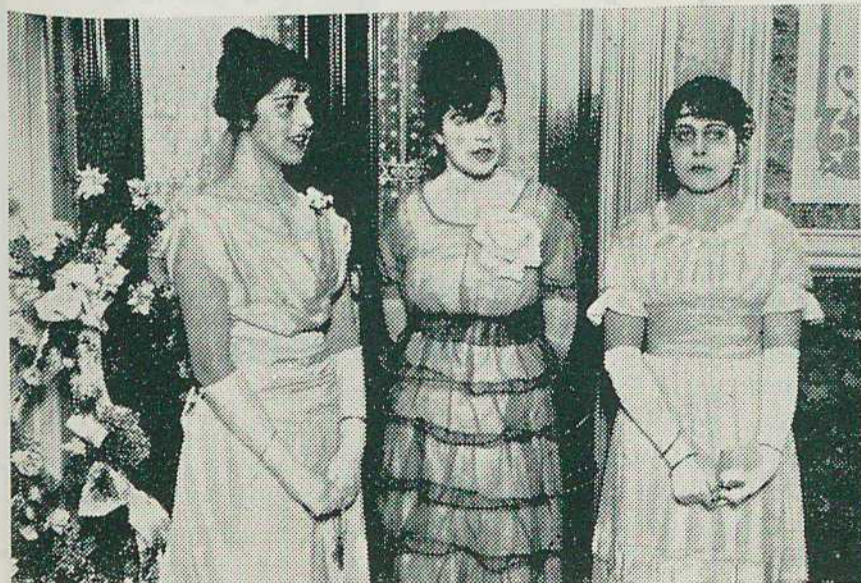
La bondad, los impulsos generosos, nos abandonan poco a poco, pero, dejándonos en la ilusoria creencia, de que somos buenos, nobles y justos. ¡Si todos sintieran y obraran como yo, cuán dichosa sería la humanidad! — decimos con amargura, cuando nos creemos incomprendidos, cuando nos suponemos víctimas de las aberraciones de los demás.



A la pasión que enseguece, a la terquedad limitadora de nuestros radios de acción, debe suceder un amplio afán de cultura, un constante refrescamiento de las ideas, un persistente impulso concienzudo y eficaz, hacia la conquista del bienestar interno, que solo es posible, cuando hemos conseguido enfrenar el instinto, cuando a las ruidosas y declamatorias exaltaciones de nuestro yo, sucede la calma propicia al análisis íntimo, encaminado a eliminar errores y a depurarnos fortificando nuestra moral.

Es necesario que, al forjar nuestra personalidad, nos ilumine un ideal, que señale rumbos de cumbre a nuestras tendencias, orientándonos definitivamente hacia todo lo superior, buscando con ansia el mejoramiento, enrolándonos sinceramente donde flamee la bandera del amor, allí donde la agite (valiéndonos de una expresión del gran Rodó) «el espíritu de vida que sopla en dirección á la verdad».

JAVIER L. MARTÍNEZ.



En el baile de la señora

Cachón de Correa

En el magnífico baile que ofreció la distinguida señora Leonor Cachón de Correa a los esposos Vaeza Ocampo Belgrano, fueron presentadas en sociedad las bellísimas señoritas Dora Piñeyría Sanguinetti, María Angélica Castellanos Alvarez y Julieta Lenzi, cuyas fotografías reproducimos.